

CAPITULO II

LA CAMPAÑA ADMIRABLE

2.- Ascenso de El Libertador.

Todas las grandes campañas ejecutadas por El Libertador fueron excepcionales debido a los resultados obtenidos, las cuales podemos catalogar como *admirables*; pero los historiadores se vieron en la necesidad de diferenciar la campaña de 1813 de las demás por múltiples razones a considerar.

Aunque Bolívar sólo recibió autorización para marchar sobre Mérida y Trujillo, su mirada guerrera permaneció siempre sobre su ciudad natal, Caracas, la cual redimió de tan atroces violaciones.

Antes de la renuncia definitiva de Castillo, el brigadier Bolívar, ahora máxima autoridad, le ordenó tomar posición en La Grita, pues allí, habían encontrado refugio las muy golpeadas tropas de Correa. Tal como lo describe en su carta al Diputado Secretario del Supremo Poder Ejecutivo Federal el 23 de marzo de 1813, cuando le manifiesta su determinación de mandar al coronel Castillo con quinientos o seiscientos soldados para destruirlo o desalojarlo del sitio, explicándole la sencillez de la acción gracias al estado tan crítico como se encontraba el enemigo, además de aprovechar la alta moral reinante en las tropas patriotas, movimiento éste ejecutado tardíamente, pues ahora más que nunca Castillo estaba resuelto de ir en contra de su nuevo comandante. (O'Leary, D. F., 1981: 161-162),

Esta operación, aunque con ciertos tropiezos, tuvo un desenlace positivo para el ejército libertador de Venezuela gracias a la labor del sargento mayor

Francisco de Paula Santander¹⁵, quien con un oportuno y decidido ataque logró expulsar las tropas del brigadier Correa.

Bolívar pasó novedad al Congreso de este suceso explicando:

hasta el momento no ha partido el Coronel Castillo a atacar a Correa en La Grita; porque según dice él mismo, quiere hacer las cosas con orden, y este orden no es más que una morosidad la más perniciosa, cuyas consecuencias pueden ser funesta. Así, yo no respondo del suceso de la acción, después de haber dado al enemigo sobrado tiempo para reforzarse con todas las ventajas que estén a su alcance. Sin embargo, debemos contar con la victoria.
(O'Leary, D. F., 1981: 167)

En repetidas ocasiones manifestó a las autoridades granadinas el comportamiento contrarrevolucionario de Castillo, exponiéndoles no tolerar más insubordinaciones de éste, las cuales eran delitos militares pagados, incluso, hasta con la propia vida en cualquier parte del mundo donde hubiese estado de guerra, pero nunca recibió respuesta al respecto. Después de algún tiempo, Castillo decidió abandonar la causa y retirarse a vivir sin honor ni gloria en Jamaica.

En suelo venezolano continuaba el debate (ahora más político y personal que otra cosa) sobre si era conveniente o no la liberación de Venezuela, los reacios oficiales granadinos contando ahora con el apoyo de Santander, sostenían que si el experimentado Miranda no pudo contra Monteverde cuando tenía un ejército mayor, cómo podría Bolívar con un ejército de proporciones menores. Una posición que podemos catalogar de personalista, llena de intrigas y de envidias, pues a estas alturas después de sendos combates donde El Libertador había demostrado su arrojo, valentía e insuperables destrezas militares, no se le hacía justicia con tales puntos de vista.

¹⁵ Nacido en la Villa del Rosario de Cúcuta el 2.4.1792, fallece en Bogotá, el 6.5.1840. (Colombia). Fue un militar y estadista de la época de la Independencia. Ejerció la vicepresidencia de la Gran Colombia, encargado del Poder Ejecutivo, ejerció mando político sobre Venezuela entre 1821 y 1826. Presidente de la Nueva Granada (1832-1837).

Empero, el plan liberador de Bolívar estaba en marcha. Por ello, demostrando su brillante juicio hacia las personas, decidió dejar a Santander como encargado de la frontera y escogió entre los altos oficiales a cuatro de los más capaces para tan decidida y peligrosa campaña, otorgando los siguientes mandos: al granadino coronel Anastasio Girardot como comandante de la vanguardia y del tercer batallón de la Unión, para el cuarto batallón al también granadino capitán Luciano D'Elhuyar; el quinto batallón lo asignó al invencible Rafael Urdaneta, venezolano. La división de retaguardia la dejó en manos de su pariente el coronel José Félix Ribas.

Cabe señalar que un artículo escrito por el teniente coronel Héctor Bencomo Barrios¹⁶, publicado en la edición sobre la Campaña Admirable de la Biblioteca de Autores y Temas Merideños (1965), nos ofrece un parte sobre las armas y pertrechos del ejército libertador al inicio de su campaña:

- Piezas de artillería ... 14
- Balas ... 1.500
- Metralla en saquetes ... 1.200
- Cartuchos de pólvora ... 1.000
- Fusiles ... 1.000
- Escopetas ... 53
- Sables ... 300
- Lanzas ... 500
- Piedras de Chispa ... 8.000
- Cartuchos de bala ... 135.600

¹⁶ El Teniente coronel Héctor Bencomo Barrios, hoy día General de brigada en la honrosa situación de retiro, es en la actualidad el curador del Archivo General del Libertador.

Aunque podemos conocer de un parte más completo, dado en San José de Cúcuta el 10 de abril de 1813 por Antonio Cañete, el cual establece la siguiente cantidad de pertrechos:

Estado que manifiesta la fuerza del Ejército Unido al mando del General en Jefe, Brigadier, ciudadano Simón Bolívar.

ARTILLERÍA

Obuses montados.

De 6 pulgadas, de bronce ... 3

De 3 pulgadas, ídem ... 1

Cañones montados.

De a 4 de bronce ... 3

De a 3 de bronce ... 1

Pedreros montados y desmontados.

Pedreros de recámara de bronce de a 3 ... 2

Pedrero de hierro de $\frac{1}{2}$ libra ... 2

Balas de los calibres.

De a 4 ... 930

De a 3 ... 81

De a $\frac{1}{2}$ libra ... 264

Metralla de botes de lata de los calibres.

De a 4 ... 721

De a 3 ... 174

De a $\frac{1}{2}$... 11

Cartuchos de pólvora de los calibres.

De a 4 ... 359

De a 3 ... 427

De a $\frac{1}{2}$... 150

Armamento.

Fusiles en el servicio ... 1.226

Fusiles de útil composición ... 78

Ídem inútiles ... 28

Escopetas de útil composición ... 53

Ídem inútiles ... 22

Sables ... 300

Lanzas ... 500

Piedras de chispa y herramientas de zapadores.

Piedras de fusil ... 10.700

Ídem de pistolas ... 500

Hachas ... 18

Azadas ... 15

Barras ... 9

Palas ... 15

Zapapicos ... 12

Pólvora.

Cartuchos de fusil con bala ... 120.600

Pólvora en barriles, quintales ... 6

Ídem en grano suelta, libras ... 15

Caballos ... -----

Balas de plomo de fusil ... 16.000

Nota. – Tres piezas de artillería son montadas en cureña de batallón, 4 en cureñas de marina, 2 pedreros en tragante de ruedas, y de estos mismos se están construyendo para los pedreros restantes. El número de fusiles es por un cálculo prudente, regulando un número menor que el que efectivamente hay. Las escopetas empleadas en el servicio no se incluyen su número, por ignorar cuál sea. (O’Leary, D. F., 1981: 183-184)

El 14 de mayo dejó Cúcuta, después de haber ordenado la avanzada de su ejército de vanguardia. En horas de la mañana del 19 de mayo de 1813, después de ordenar los detalles de la campaña, salió de La Grita dejándola en las manos del brigadier Ricaurte, para llegar a la Villa de Bailadores.

En la mencionada villa fue recibido con algarabía y euforia al brigadier de la unión, causando además un imborrable impacto entre los moradores de Bailadores. En esta localidad se organizó un majestuoso baile en su honor en la casa de Don Antonio Belandria e, incluso, narran sobre sus amores con una de sus hermanas¹⁷.

Luego de tan halagador recibimiento, se dispuso en abandonar Bailadores atravesando por Tovar (para la época era tan sólo un caserío), La Victoria, Estanques, Lagunillas, Ejido, La Punta, hasta llegar a la ciudad entrando por el Llano Grande, para luego tomar la calle real (hoy día Avenida 3

¹⁷ En la actualidad existe una discusión historiográfica acerca de si Bolívar entró inicialmente a Bailadores, pues extrañamente, no da cuenta de su presunta estancia allí en sus documentos e informes.

Independencia), atravesando así la ciudad de Santiago de los Caballeros de Mérida.

La cruenta guerra independentista dejó lecciones imborrables en el corazón del pueblo. Una de ellas fue el heroísmo demostrado por las mujeres venezolanas. La provincia de Mérida no se quedó atrás, pues con Anastasia nació la leyenda de “un trabucazo a tiempo”. Don Tulio Febres Cordero la describe como una mujer de recio temple, trabajadora, criada del convento de Santa Clara y que no sentía temor de profesarse seguidora de la causa patriota.

La noticia de las victorias de Bolívar se hizo escuchar por toda la provincia. Ello hacía reventar de alegría a nuestra heroína, quien no veía el momento histórico de participar en la liberación de su ciudad, hasta la noche del 18 de abril de 1813, cuando la neblina cubría el campamento de Correa asentado en la Plaza Mayor (hoy Plaza Bolívar); muy minuciosamente se acercó Anastasia y comenzó a percutar trabucazos y tocar redobles de tambor gritando ¡Viva la Patria!. La confusión y la desesperación de tiros perdidos reinaban en el lugar, los realistas imaginaron eran las tropas de Bolívar en avanzada. Fue entonces cuando Correa ordenó la retirada – como ya era costumbre –, huyendo en dirección a Betijoque. (Febres Cordero, T., 1991: 286)

2.1.- Bolívar en la Ciudad de los Caballeros.

El 23 de mayo de 1813 entró triunfal el brigadier Bolívar a la ciudad de Mérida. Para entonces había sido designado como gobernador al primer

Presidente de Venezuela, Dr. Cristóbal Mendoza¹⁸, con la tarea de organizar a tan heroica provincia, con la protección del Congreso de la Nueva Granada y en nombre de la República de Venezuela, tal como lo expuso él mismo en una carta dirigida al Poder Ejecutivo de la Unión el 30 de abril de 1813. (O’Leary, D. F., 1981; 199-200)

El Libertador conocía de antemano la acción valientemente ejecutada por Anastasia, como también el heroísmo del español Vicente Campo Elías (Gobernador Militar de Mérida), quien se sentía tan venezolano como cualquier otro patriota.

Los merideños han recordado este día gracias al famoso relato que hace el Dr. Tulio Febres Cordero:

En una hermosa mañana de mayo el mes de las flores por excelencia, la ciudad melancólica se alegra, sus desiertas calles se llenan de gente, las campanas se echan al vuelo, y en los balcones y ventanas de sus casas semiarábicas, brillan ardientes y seductores entre dulces sonrisas, los negros ojos de recadas doncellas, que esperan anhelantes el desfile de la vistosa comitiva, donde viene el guerrero afortunado, el caballero de la torre de plata y de la celeste espada.

– Es Bolívar que llega.

En la casa Consistorial lo reciben en asamblea pública, los patricios, los togados y los sacerdotes, revestidos de imponente gravedad y con los corazones henchidos de gratitud y simpatía.

– Permittedme señores – le dice Bolívar al iniciar su breve y elocuente discurso – expresaros los sentimientos de júbilo que experimenta mi corazón al verme rodeado de tan esclarecido y virtuosos ciudadanos, los que formáis la representación popular de esta patriota ciudad, que por sus propios esfuerzos ha tenido la dicha de arrojar de su seno a los tiranos que la oprimían.

Y entonces el más anciano le contesta, terminando con estas palabras proféticas: – ¡Gloria al Ejército Libertador y Gloria a Venezuela que dio el ser a vos, ciudadano General! Que vuestra mano incansable siga victoriosa destrozando cadenas; que vuestra presencia sea el terror de los tiranos y que toda Colombia diga un día Bolívar vengó nuestros agravios.

Así habló el viejo Rivas, padre de Rivas Dávila, y en seguida aquella asamblea de próceres y todo el pueblo, agolpado frente a la casa

¹⁸ El 6 de marzo de 1811 se instaló el primer poder Ejecutivo de la historia política de Venezuela, nombrándose tres personas para que ejercieran la presidencia: Cristóbal Mendoza, Juan Escalona y Baltasar Padrón, quienes se turnarían en la presidencia, siendo Cristóbal Mendoza el afortunado en ser el primero.

Consistorial, gritaron a una: “¡Viva Bolívar! ¡Viva el Libertador!”, quedando así ungido con este sobrenombre el futuro fundador de cinco naciones soberanas. (Febres Cordero, T., 1991: 14-15.)

En su discurso a los merideños, El Libertador denotó algo que tal vez sería la génesis de su futuro Decreto de Guerra a Muerte, cuando finaliza diciendo:

Tengo la honra de poner en vuestras manos el título de mi comisión, que como veréis no tiene otro objeto que amparar al americano y exterminar al español; destruir el gobierno intruso y reponer el legítimo; y en fin, dar la libertad a la República de Venezuela. (O’Leary, D. F., 1981: 240)

La ciudad de Mérida no solamente contribuyó a la causa patriota con aclamar por primera vez a Bolívar como El Libertador¹⁹ sino también, muy a pesar de ser saqueada por los realistas y de haber sufrido los embates del terremoto de 1812, ofreció treinta mil pesos en oro; además, el canónigo Francisco Antonio Uzcátegui Dávila donó cañones, ollas para la comida y pólvora. Por su parte, doña María Simona Corredor obsequió una casa de su propiedad, la cual fue la primera adquisición inmueble de la patria libre (ubicada al frente del Convento de los Franciscanos). María de Jesús Navas, la madre que entrega a su hijo como soldado de la libertad, ayudándolo a sostener un fusil puesto que estaba malgrado de un brazo. La hermana del canónigo Uzcátegui, María Ignacia Uzcátegui, que regala un cañón grabado con su nombre para que la metralla hiciera por ella lo que las fuerzas femeninas no le permitían.

¹⁹ Esta modesta investigación no pretende por ningún motivo crear controversias pero haciendo honor a la historia y a los escritores de Bolívar; en la Revista Nacional de Cultura donde se dedica una edición al Bicentenario de Nacimiento de Simón Bolívar en 1983, Manuel Pérez Vila hace un interesantísimo análisis sobre si recibió o no en Mérida el título de Libertador. El autor afirma que no existen documentos escritos sobre este hecho, tan sólo la publicación muy difundida (la cual he utilizado aquí) del Dr. Tulio Febres Cordero, donde se basa en el discurso que Bolívar ofrece a la municipalidad emeritense y la respuesta que dio Don Ignacio Rivas, Alcalde Primero de la Municipalidad Merideña, este último en su discurso jamás se dirige a él como El Libertador, sino hace referencia solamente del Ejército Libertador. Denota, como después de este día, Bolívar en sus escritos nunca utiliza su apodo hasta que se le otorga tal distinción en Caracas el 14 de octubre de 1813.

Así también se alistaron de forma voluntaria 500 hombres adiestrados por los españoles Campo Elías y Francisco Ponce, quienes estructuran un ejército que hasta entonces tenían acentos guerrilleros. Es la briosa juventud merideña, apenas niños que “haciendo prodigios”, así como decía El Libertador, riegan sangre y nombres por los caminos de las hazañas. Aquel batallón merideño de 1813 no fue una recluta de anónimos mozos parameros, de labradores y de indios mucuchiceros, obligados a cambiar el arado por el fusil y la lanza. Allí se enrolaron junto al pueblo sin nombre, los más preclaros apellidos merideños como los Rivas, Dávila, Picones, Rangelos, Paredes, Talaveras, Arias, Parras, Guerreros, Marquinas, Maldonados, Briceños, Uzcáteguis, Nucetes, Pachecos, Fernández, Quinteros, y tantos otros ilustres lugareños. Cabe destacar que entre estos hombres figuró Luis María Rivas Dávila, joven merideño quien pasó a la inmortalidad en el campo de batalla y su nombre descolló vigoroso en los clarines de gloria de la patria. (Castillo, L., 1981: 20-21)

Debemos entender que los merideños, después de escuchar tales proclamas cargadas del más intenso patriotismo, desbordaron sus emociones hacia Bolívar y pudo ser, bajo la euforia reinante, gritaban el apodo el cual poco después se convirtió en el título dado hasta la posteridad. Sólo contaremos como prueba de este hecho la hermosa tradición de este noble pueblo, también acompañada por sus paisanos de Bailadores, donde aún afirman fue en su pueblo donde se le apodó por primera vez como Libertador.

Gabriel Picón Febres, en su libro *El apellido Picón en Venezuela*, publicado en 1922, afirma que su pariente Don Antonio Ignacio Rodríguez

Picón²⁰, fue testigo presencial de este acontecimiento, y en su diario personal apuntó: “el 25 mayo de 1813, he presentado y entregado mis hijos Francisco, Jaime y Gabriel al General Bolívar, aclamado Libertador por este pueblo”. Así pues, con suma elocuencia lo expresa éste ilustre hombre de la tierra serrana. Por otro lado, Lucas Guillermo Castillo Lara (1981), citando a Tulio Febres Cordero, afirma en sus investigaciones en el Archivo de Historia y Variedades, tomo II, pág.285 de Bogotá 1960, en la frase de Don Tulio Febres Cordero, aquella Asamblea de Próceres y todo el pueblo agolpado en la Plaza frente a la Casa Consistorial, gritó “Viva Bolívar”. “Viva el Libertador”, quedando así ungido con este sobrenombre el futuro fundador de cinco naciones soberanas. Ahora bien permitiéndome especular pienso en la posibilidad de un Bolívar mesurado, no encandilado por las victorias obtenidas, dispuesto a alcanzar la victoria sobre Caracas para así entonces celebrar con creces el triunfo final de la campaña Libertadora, así como su calificativo de Libertador, para reseñarlo en los documentos oficiales.

A pesar de los múltiples banquetes, bailes y regalos, los días en Mérida le sirvieron a Bolívar para planificar muy cuidadosamente los próximos movimientos a dar. Una vez estudiada la geografía a recorrer a su paso junto a sus oficiales, decidió ponerse en marcha lo más rápido posible flanqueando la ruta hacia Trujillo, Guanare y Barinas, para así diezmar al enemigo acantonado en el occidente.

El Libertador, desde la Provincia de Mérida, le escribió una carta al Presidente de la Unión el 24 de mayo de 1813, donde le manifestaba su satisfacción por haber entrado a esta provincia, la cual le dio una grata

²⁰ Antonio Ignacio Rodríguez Picón, nació en Mérida el 25 de marzo de 1765 y murió en Guasualito, Estado Apure el 30 de agosto de 1816. Fue Alcalde Mayor de Mérida en 1809 y Presidente de la Junta Patriótica en 1810. Y también Gobernador en 1813. Lo apodaban “El Rey Chiquito”. (Márquez Carrero, A., 2002; 18)

bienvenida. En ella, explica también que las tropas se encontraban muy animadas, gracias a las noticias llegadas del interior del país, donde manifiestan el agotamiento de las tropas realistas, los importantes triunfos patriotas concretados en Valencia y Puerto Cabello; pero lo más importante de todo fueron las operaciones llevadas a cabo en Cumaná por un grupo de patriotas decididos a expulsar al opresor de sus tierras. (O’Leary, D. F., 1981: 234-235) En conclusión, esta fue una excelente oportunidad para el ejército Libertador de abrirse camino hacia Caracas, teniendo en cuenta que las tropas españolas podrían recibir apoyo en cualquier momento de la metrópoli.

El factor sorpresa muy utilizado por los patriotas fue la pieza clave del éxito de las maniobras a ejecutar contra el enemigo. El principal objetivo fue evitar el reagrupamiento de las tropas de Tiscar, pues resultaría muy peligroso si recibiese apoyo desde San Carlos o Valencia. Bolívar decidió abrir campaña por el camino de Guanare y no por el de los Castellanos, el primero le ofrecía mayor espacio en la maniobralidad para destruir al adversario.

En cumplimiento del plan del Libertador, salió de Mérida la vanguardia a base de 488 hombres, bajo el mando de Girardot, dividido en dos columnas: una con los capitanes Maza, José María Ricaurte y Yépez en la dirección Mucuchíes – Motatán – Betijoque, tenía la misión de destruir los restos de las fuerzas de Correa; la otra columna comandada por el Capitán D’Eleuyar, tenía como misión la de limpiar la región de Niquitao y luego reunirse con la primera en Motatán para marchar juntas sobre Trujillo. Estas columnas cumplieron brillantemente su cometido y el 10 de junio entran en Trujillo, fecha que Bolívar salía de Mérida para llegar a Trujillo el 14. (Autores y temas Merideños, 1965: 119-120)

Luego de estos notorios acontecimientos el territorio merideño fue teatro de guerra de varios encuentros entre patriotas y realistas durante este periodo, de los cuales podemos destacar el de Mucuchachí, en el sitio conocido como “El Ataque” el 30 de noviembre de 1813, entre las tropas realistas, destacadas en Bailadores, por el Jefe Contreras para invadir a Mérida; pero la rápida

acción del Presbítero José Luis Ovalle, gran patriota y cura de El Morro, logró hacerse con la victoria gracias a la actuación decidida de sus feligreses. El 5 de diciembre de 1813 el poblado de Lagunillas fue el escenario de otra cruenta refriega entre el mismo capitán realista Contreras y las tropas del imbatible coronel Juan Antonio Paredes, propinándole así una segunda derrota en suelo merideño.

En medio del torbellino revolucionario, Mérida no tuvo descanso. En Estanques se escenificó una terrible batalla, desde el 16 al 18 de febrero de 1814, cuando se enfrentaron los realistas al mando de los capitanes Matute y José María Sánchez con las fuerzas patriotas comandadas por el coronel Juan Antonio Paredes, acompañado de los impertérritos oficiales Páez y Rangel, obteniendo de nuevo el triunfo los republicanos. Más tarde, en el sitio conocido como El Portachuelo, tuvo lugar el célebre combate entre Páez y Sánchez, quedando éste último muerto en el campo de batalla.

Estos célebres triunfos se dieron en nuestras tierras andinas hasta el 17 de septiembre de 1814. Sin embargo, en las zonas altas de Mucuchíes se enfrentaron los ejércitos de los generales Calzada y Urdaneta, quedando el triunfo esta vez en manos de los realistas. (Febres Cordero, **Hojas Sueltas**, f. 422.)

Considero de gran importancia relatar la acción sostenida por Páez y donde muere Sánchez, este hecho nos permitirá concebir la idea del entusiasmo, gallardía y valentía con que estaban ceñidos nuestros próceres, abriéndonos paso, para lograr entender mejor sus caracteres durante el desarrollo de la gesta emancipadora:

En la hacienda de cacao El Estanque, tras un breve tiroteo, los patriotas hacen huir hacia Bailadores a los españoles. Sólo Rangel y Páez, con quince carabineros, siguieron al enemigo, hasta que creyó Rangel que era mejor retroceder, no obstante que Páez insistía en que se quedaran en el sitio.

Como nadie le hiciera caso, se quedó Páez sólo, en espera de que la columna de Matute desfilara por la estrechísima cuesta que conduce a Bailadores. Por esta senda apenas podían marchar los soldados de uno en uno. Aprovechando esta circunstancia, Páez gritó: ¡Viva la patria! Y comenzó a disparar sobre sus enemigos. (...)

Ninguno se imaginaba que el llanero increíble estaba solo, pues había fingido varias voces. Todos arrojaron sus armas y hasta abandonaron las piezas de artillería.

Sólo un soldado, José María Sánchez, hombre corpulento y de extraordinaria fuerza, cual nuevo Goliat, se atrevió a hacerle frente. Páez lo hostigó de continuo para que no pudiera hacer uso del arma de fuego, hasta que el gigantón, desesperado arrojó su arma, y trató de arrebatársela a Páez la lanza. Páez se bajó del caballo y en furioso duelo cuerpo a cuerpo, como dos gladiadores romanos, nuestro llanero logra quedarse en posesión de su lanza y con ella hirió mortalmente a Sánchez.

Todavía Páez, en acto de caridad cristiana, recitaba el credo para ayudarlo a morir, pero Sánchez cautelosamente había desenvainado un puñal y ya se disponía a herir al capitán, cuando éste se dio cuenta e indignado, le hundió el lanzazo de gracia. (Romero, V. s.f.: 67-68)

En Trujillo, Bolívar se dedicó a reorganizar sus tropas. El teniente coronel Atanasio Girardot, quien había dirigido una proclama en nombre de su General en Jefe, ofrecía garantías para quienes habían estado a las órdenes de Correa y abrazaran la causa libertaria en el ejército patriota, y para quienes se presentasen con su fusil, bayoneta y forniture la recompensa de cuatro pesos. Desgraciadamente, El Libertador observó aquí con terror y asombro el comportamiento de los trujillanos, pues eran diferentes a los granadinos o a los merideños: jóvenes y campesinos preferían huir hacia las montañas para evitar ser reclutados, al ejército republicano no se le ofreció ni armas, víveres o bestias, la población estaba totalmente reacia en colaborar con la causa (Liévano, I., 2001: 110). Esto, sin duda, le recordó la plaza de Puerto Cabello y el comportamiento de sus subordinados, quienes prefirieron vivir en cadenas a disfrutar las garantías de una nación libre. Algunos escritores sostienen que si el Brigadier hubiese padecido de los complejos de Miranda o de algunos de los oficiales granadinos, la empresa libertadora encontraría su final aquí; sin

embargo, Bolívar tras haber padecido de tantas adversidades, éstas le han hecho madurar en todos sus aspectos, entre ellos sus dotes de estrategia militar. Como producto de esta precaria situación, debía ejercer un rol más acentuado en la política y para él, por encima de ésta, estaba la moral. Sabía que un pueblo sin moral lo llevaría fácilmente a la ruina y la miseria. Esta situación lo condujo a pensar que los ciudadanos debían comprometerse primero que todo con la patria. Esto nos recuerda su comunicado al ciudadano Comandante de Mérida, Don Antonio Ignacio Rodríguez Picón, fechado el 25 de julio de 1813, al referirse sobre la operación valerosa realizada por su hijo Gabriel Picón,²¹ quien al mando del coronel Ribas en los Horcones cae herido:

Y tú padre, que exhalas suspiros al perder el objeto más tierno, interrumpe tu llanto, y recuerda, que el amor a la patria es primero. Estos son los sentimientos que deben animar a todo republicano, que no tiene más padres, ni más hijos que su libertad y su país. (Bolívar, S., s.f.: 55-56.)

A partir de entonces observamos a un Bolívar detentando en una mano un guante de seda para dársela a quien estuviese comprometido con la causa y, en la otra, un guante de hierro para golpear a quien contrariase los designios de la patria. Así se lo hizo saber al señor gobernador de Trujillo en una correspondencia de fecha 22 de junio de 1813:

Yo no puedo concebir cómo la Provincia de Trujillo que ha sido libertada por las armas de la Unión a costa de los más duros sacrificios por nuestra parte, rehúsa hacer servicios indispensables al ejército, para conservar su propia libertad y para salvar al resto de Venezuela. Yo no veo que esta ciudad haga nada a favor de sus libertadores; y sí veo una apatía, y una indiferencia por la causa que defendemos, que me hace sospechar, que nuestros enemigos habrían sido mejor recibidos que nosotros, o a lo menos, más atendidos en sus necesidades. Yo protesto a US., que si para mañana no tenemos trescientas caballerías capaces de transportar nuestros bagajes a Guanare, diez mil pesos en plata para pagar las tropas, y el completo de los cien reclutas, consideraré la Provincia de Trujillo como país enemigo, y será en consecuencia tratado

²¹ Nació en Mérida el 18 de marzo de 1799. Héroe de la batalla del sitio Los Horcones y Gobernador de Mérida en 1839. Muere en Caracas el 29 de enero 1866, sus restos reposan en el Panteón Nacional.

como tal. Yo espero que este caso no llegará; pero si llegare, la culpa solo deberá imputarse a los que tan indignamente han tratado a los libertadores de Venezuela. (Bolívar, S. s.f.: 278.).

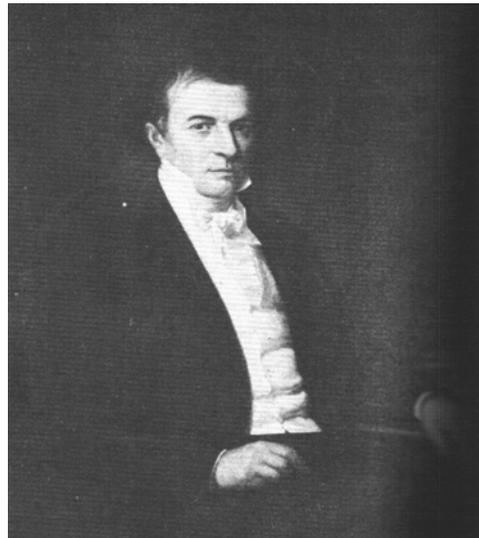
Tal advertencia provocó la renuncia del Gobernador de Trujillo, confiriéndose tan alta responsabilidad al ciudadano Fernando Guillén, en quien Bolívar confió restablecer el orden y dispensarle a la causa patriota tan necesarios recursos.

HÉROES DE LA CAMPAÑA ADMIRABLE



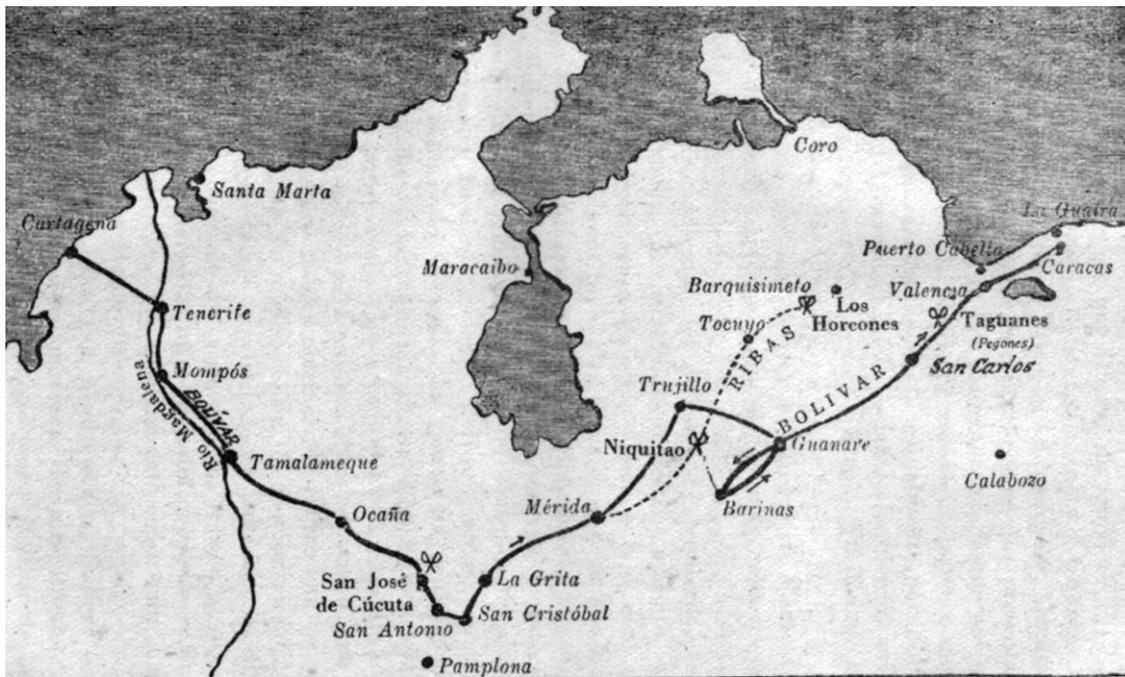
9

Vicente Campo Elías.
Obra de Pedro Zerpa (1913)
Capitolio de Caracas.



10

Cristóbal Mendoza.
Tomado del Libro
“Los Libertadores de Venezuela” (1983)



Campaña libertadora de 1813

11

Tomado del libro “El Súper Hombre” (1940)

2.2- Decretada la Guerra a Muerte.

En la histórica ciudad de Trujillo El Libertador invocó todos sus esfuerzos para poner en marcha la madre de todas las campañas, esto es, crear la conciencia americana, pregonada desde el inicio de su jornada hacia Venezuela. El 15 de junio de 1813, luego de pasar toda la noche en vela, llamó a uno de sus escribanos para dictarle su terrible *Decreto de Guerra a Muerte*, expresando las palabras más duras y firmes pronunciadas en su vida: *Españoles y Canarios: contad con la muerte si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos: contad con la vida aunque seáis culpables*. Esta parte terminante del decreto, la más dolorosa y discutida, fue la contestación no sólo de Bolívar sino de la América toda, la cual había resistido

en silencio los más atroces desmanes sufridos por años de colonialismo español. Tal como expresara el maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa (1978):

Fueron objetivos de ese decreto sobre cuya significación y efectos tan divididos y contrapuestas opiniones se han expresado, separar los campos para iluminar, clara en el horizonte, la imagen naciente de una patria que, madre al fin, ofrece protección a todos sus hijos, cuales quiera que sean sus extravíos y perseguir y castigar no sólo al enemigo manifiesto, sino al potencial. La proclama se proponía, además, poner diques a la ferocidad realista, sorda a los pedidos de la clemencia, ciega ante el horror de la sangre inocente derramada. Sin embargo, pudo errar el maestro. Acaso para enseñar su ciencia aplicó el viejo método según el cual la “letra con sangre entra”, pero no podrá atribuirsele propósito de dañar al discípulo que aprende. Bolívar, gran educador de pueblos, dictó ese decreto, “no por crueldad y dureza de corazón, dirá Restrepo, sino por sistema formado después de profundas meditaciones sobre el carácter de sus compatriotas y los hechos de los españoles que habían pasado ya o que estaban sucediendo en Venezuela a su mismo alrededor. (p. 31)

Era en verdad condición necesaria la formación de la conciencia americana, pues de alguna manera se debía romper con el cordón umbilical mantenido con la metrópoli. Bolívar no podía quedarse como simple espectador ante la realidad de cada día, viendo con impotencia como las tropas realistas aumentaban sus crímenes y, lamentablemente, se incrementaban con la participación de sus compatriotas. Sería ingenuo pensar que, como consecuencia de este decreto se desenfrenaron los más crueles odios fratricidas, pues abundan las pruebas históricas sobre la crueldad y odio de los ejércitos de la nación opresora desde su llegada al Nuevo Mundo. El decreto sólo desencadenó una vorágine de violencia generalizada expresada en toda su dimensión en la Guerra de Independencia.

Por otro lado, el decreto sirvió de base doctrinaria para producir el efecto de cohesión sobre los oficiales y soldados patriotas, quienes demostraron más que nunca su lealtad, disciplina, organización y un derroche inimaginable de valentía.

En el Cuartel General de Trujillo recibió Bolívar con profunda emoción la victoria obtenida por Girardot en Agua de Obispo, donde destrozó las tropas del capitán realista Cañas. Mientras tanto, Tiscar, al mando de ochocientos hombres, ordenó hacer un movimiento análogo, pensando sorprender a las tropas patriotas, pero se encontró con José Félix Ribas y sus tropas de retaguardia, produciéndose el combate de Niquitao el 2 de julio de 1813. Ribas resultó victorioso, batiendo al coronel José Martí. Gracias a la rapidez de estas acciones y a sus resultados, Bolívar logró entrar a Barinas con 1.600 combatientes. Girardot tenía las órdenes de su comandante de perseguir a los españoles sin darles tregua, haciendo que Tiscar huyera dejando atrás soldados y armas, así como algo más de cuatrocientos prisioneros en manos de los patriotas. Posteriormente, Bolívar decidió enviarlo a Guanare.

Dueño absoluto de la plaza de Barinas, ordenó a Ribas avanzar al norte y someter al gobernador González de Fuentes en El Tocuyo, pero éste abandonó la defensa y se retira. Ribas logró el triunfo en Los Horcones el 22 de julio, tras derrotar al coronel realista Francisco Oberto, quien a pesar de tener novecientos veteranos y una batería de montaña, no pudo contener la acometida de las fuerzas patriotas.

Fue entonces cuando Bolívar, junto a Girardot y Urdaneta, avanzaron hacia San Carlos, llegando el 26 de julio, para liberarla de la dominación del jefe realista Julián Izquierdo, quien la ocupó por poco tiempo, pues al enterarse de la destrucción de las tropas de Oberto, huyó aterrorizado hacia Tinaquillo para evitar correr con la misma suerte de su correligionario. En medio de esta favorable oportunidad, los patriotas se lanzaron en su persecución hasta alcanzarlos en la sabana de Los Taguanes, y ante la evidente superioridad de los patriotas, el jefe realista prosiguió su huida.

En este momento de la operación, El Libertador ordenó montar a caballo a un batallón de infantería realizando una feroz persecución por el ala derecha. Teniéndolos cerca, desmontaron la caballería, ahora a pie firme, atacaron la retaguardia, mientras el resto de las tropas tomaron el frente. Los españoles, ante tal arremetida, optaron por deponer sus armas. Durante el combate fueron heridos altos oficiales enemigos, entre ellos, el propio coronel Izquierdo, falleciendo pocas horas después. (Chalbaud, E., 1983: 104-105)

Las estrategias militares utilizadas por el ejército patriota fueron muy claras. Sus acciones anticipadas desorientaban al enemigo: atacaban objetivos precisos, golpeándolos en los sitios donde menos se lo esperaban. Ello nos ilustra sobre los amplios conocimientos del Libertador sobre el espacio geográfico del terreno de lucha y la habilidad sobre el movimiento de tropas. Luego dividían sus propias filas para perseguirlos, uniéndose después para dar la estocada final.

El invasor Domingo Monteverde, tras haber sido derrotado por los patriotas de oriente, tuvo pensado disponerse a socorrer sus tropas, pero no le quedó otra sino devolverse y buscar refugio en Valencia. El postrer de los tiranos españoles, quien puso a una nación entera bajo sus pies, no encontró explicación de la pérdida del ejército de “pacificación”. En un manifiesto fechado en Valencia el 20 de septiembre 1813, Bolívar destacó la gran estupidez que cometió Monteverde al firmar su pasaporte. (O’leary, D. F., 1981: 369)

De seis mil hombres aproximadamente con los cuales contaba Monteverde para la invasión, sólo disponía en Valencia de cuatrocientos infantes, quinientos de caballería y treinta piezas de artillería ligera y de plaza. No permanece por mucho tiempo en la ciudad, pues al conocer de la proximidad de las tropas patriotas la abandonó el 1 de agosto y se refugió en la

plaza de Puerto Cabello, rodeada de murallas bien fortificadas con artillería. El Libertador entró el 2 de agosto a Valencia, a pesar de que muchos de sus ciudadanos no habían entendido el proyecto de la emancipación americana y continuaban siendo leales a la Corona; estos no opusieron resistencia alguna a las tropas libertadoras.

Desde el 1 de agosto de 1813 se corrió en Caracas el rumor sobre la avanzada de su ilustre hijo con el objeto de liberarla del yugo español. Ello provocó profundo revuelo y movilización en los ciudadanos en situación de clandestinidad, obligando al gobernador interino, coronel Manuel Fierro, a desplegar por toda la ciudad una campaña de descrédito contra El Libertador. Pasado el 3 de agosto, reinó el desconcierto y el temor en las filas realistas, pues la espada vengadora del pueblo patriota vino a recaer sobre sus cabezas, pensando que tal vez se haría efectivo el Decreto de Guerra a Muerte. Ante tal avanzada, los realistas comenzaron a huir rumbo a La Guaira para embarcarse a Curazao. Algunos cronistas cuentan que fueron más de siete mil los embarcados y, buena parte de ellos, se quedaron al agotarse la capacidad de los buses.

La entrada de El Libertador a su ciudad natal era inevitable, lo cual obligó al Gobernador enviar una comisión de paz integrada por el marqués Casa de León, Don Fermín Paúl, Don Vicente José Galguera, el Prebistero Don Marcos Rivas y Don Francisco Iturbe, éste último fiel amigo y protector de Bolívar. La reunión se dio en La Victoria, en medio de un ambiente de cordialidad.

Al efecto, se logró firmar un armisticio. Este acontecimiento lo informó Bolívar al Presidente del Supremo Poder Ejecutivo de la Unión, a través de una carta de fecha 5 de agosto de 1813, donde expresaba con satisfacción la culminación de su campaña. En dicha comunicación explicó haber recibido,

por otra parte, a cinco emisarios del gobierno tirano con el fin de llegar a un acuerdo. Destacó, además, la importancia de tal decisión para lograr redimir su desgraciada patria. Informó también sobre el botín de guerra, adquiriendo para la causa armas y municiones (O’leary, D. F., 1981: 329-330). Uno de los biógrafos de Bolívar, el escritor colombiano Indalecio Liévano Aguirre, describe la entrada triunfal del Libertador a su ciudad natal en los siguientes términos:

La entrada de Bolívar a Caracas el 4 de agosto de 1813 – dice Ducoudraz-Holstein – fue tan brillante como gloriosa. Las mujeres venían a coronar a su Libertador y cubrían las calles por donde debía pasar de montes de flores y de ramos de laurel y olivo. Las aclamaciones de millares de personas se mezclaban al estruendo de la artillería, a los repiques de las campanas y a los acordes de las músicas marciales. Se abrieron las prisiones, y las infortunadas víctimas de la libertad, con sus rostros pálidos y demacrados, parecían espectros que habían dejado las tumbas. Antes de la llegada de Bolívar se había preparado un carro regio y triunfal, semejante a aquellos de que se servían los cónsules romanos al regreso de una campaña gloriosa (...). Bolívar iba de pie en el carro, la cabeza desnuda, vestido de gran uniforme, y llevaba en la mano un bastón como insignia de mando. (Liévano, I., 2001: 113-114)

El 8 de agosto se dirigió El Libertador a los caraqueños a través de una proclama donde abordó varios puntos de su misión y entre los cuales expresaba con vehemencia lo siguiente:

Caraqueños: el ejército de bandidos que profanaron vuestro territorio sagrado ha desaparecido delante de las huestes granadinas y venezolanas que animadas del sublime entusiasmo de la libertad y de la gloria, han combatido con un valor divino y han llenado de un pánico terror a los tiranos, cuya sangre regada en los campos ha expiado una parte de sus enormes crímenes. Vuestros ultrajes han sido vengados por nuestra espada libertadora, que a un solo golpe han inmolado los verdugos y cortado las ligaduras de las víctimas. (...)

Por fin, compatriotas míos, vuestra República acaba de renacer bajo los auspicios del Congreso de Nueva Granada, vuestra auxiliadora, que ha venido con sus ejércitos, no a daros leyes, sino a restablecer las extinguidas por la irrupción de los bárbaros, que envolvió en el caos, la confusión y la muerte a los Estados Soberanos de Venezuela, que hoy existen nuevamente libres e independientes y elevados de nuevo al rango de nación. (O’Leary, D. F., 1981: 332-333)

El mismo 8 de agosto de 1813, Bolívar le escribió a la comisión de política militar del Congreso de la Nueva Granada, donde les expuso la complacencia de los habitantes de Venezuela por la generosidad del Congreso de la Nueva Granada al enviar sus tropas benefactoras para restituirles su dignidad de hombres libres. Además, les informó sobre la organización de un gobierno legal, regido en un principio bajo su autoridad hasta conformarse una junta de notables capaz de dirigir la nación, según los intereses de la misma, tal cual lo había ordenado aquel agosto Congreso. (O'Leary, D. F., 1981: 333-335)

El Libertador reconoció la nobleza de su pueblo, agradecido de estar libre del yugo español; pero, a su vez, insistió en no cometer el mismo error del fracaso de la Primera República. Para ello, era necesario implantar un sistema de gobierno acorde al momento vivido en todo el país. Tal como hizo en Mérida y Trujillo, estableció un gobierno tratando de mantener separados el poder militar del político. Para ello, nombró como Gobernador de Caracas al Dr. Cristóbal Mendoza, después de su extraordinaria labor en la organización de la Provincia de Mérida, y ordenó a Francisco Javier de Ustáriz y al Licenciado Miguel José Sanz, hombres de reconocida moral, para la elaboración de un plan de gobierno provisional, cuya Jefatura del Ejército abogó para que se le encomendase.

Esta entrada triunfal de Bolívar a Caracas selló otro capítulo más en la historia venezolana, pues a partir de aquella histórica fecha nació el periodo conocido como la Segunda República.



12

Proclama de Guerra a Muerte (1813)
Foto del Original de Marco Neri.